

LA PROTESTA DEL LIVING THEATRE

¡NO, SEÑOR!



No es la primera vez que el Living Theater de Nueva York deja asombrado al público francés. La compañía de Judith Malina y Julián Beck actuó ya en el Teatro de las Naciones hace unos años, presentando "The conexión", la obra de Jack Gelber basada en las improvisaciones de un grupo de supuestos morfinómanos. Luego, la compañía volvería con otra obra del mismo dramaturgo americano. Y ahora, en la nueva etapa del Teatro de las Naciones, bajo la dirección de Jean Louis Barrault, con la temporada reducida a una breve y rigurosísima selección de compañías, el Living Theater ha comparecido por tercera vez, quizá para armar su mayor escándalo.

El Living Theater vino a Europa hace unos años, sin subvención y un poco a la aventura. En cierto modo, fue la réplica del teatro rebelde norteamericano a la jira oficial, bienpensante y confortable, que pasó también por Madrid, con Helen Hayes de primera dama, y Gibson y Thornton Wilder de pajes literarios. Fue como tener en Europa, al mismo tiempo, el Broadway y el "off Broadway", el academicismo impecable y la renovación turbulenta, la Orquesta Sinfónica de Filadelfia y las canciones de Joan Baez.

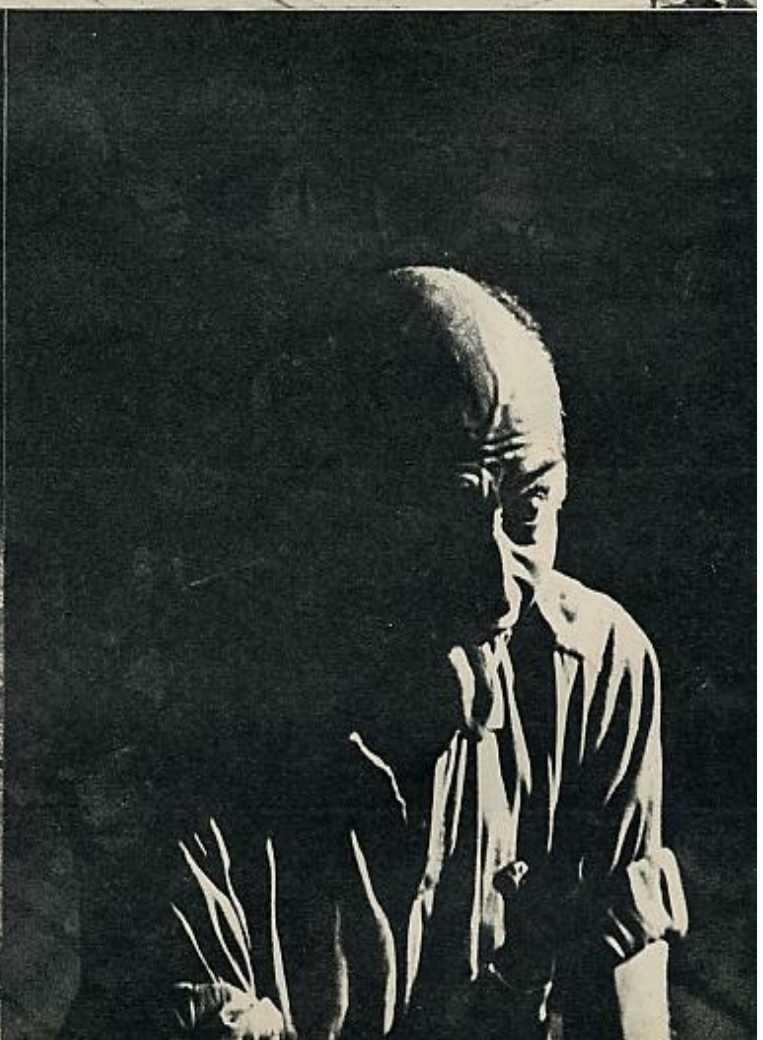
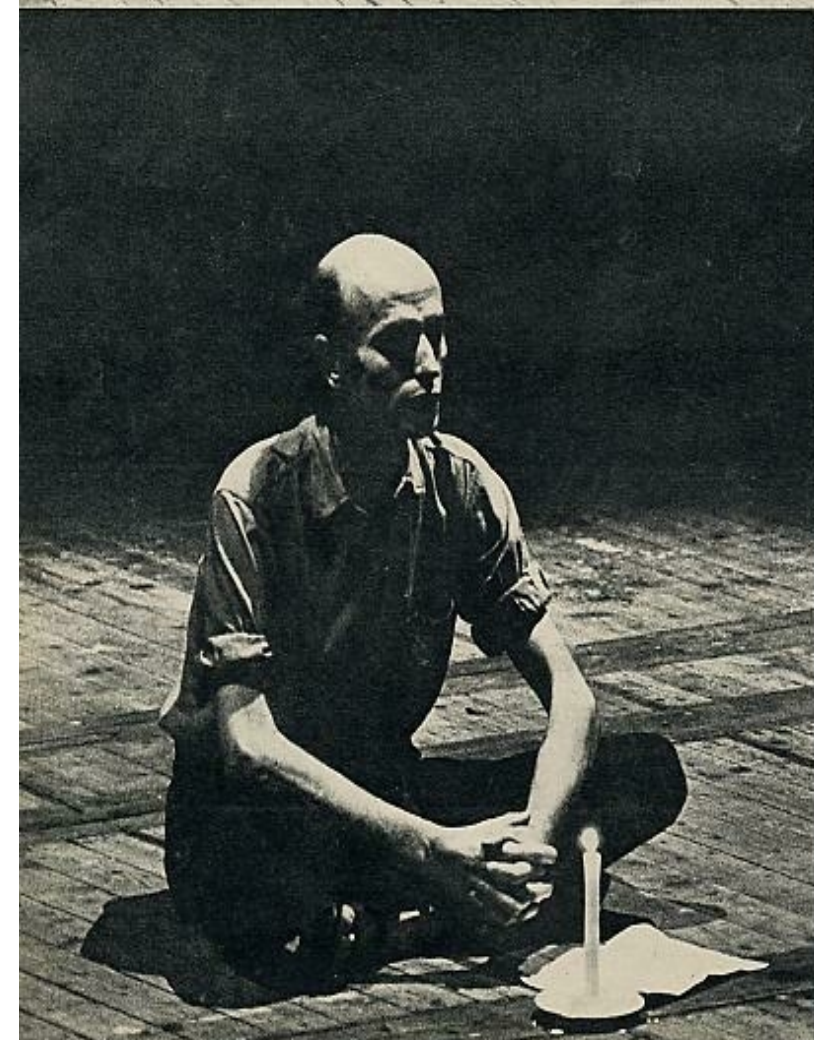
Poco después, el Living Theater decidió no volver, al menos por el momento, a los Estados Unidos. Ni sus hombres ni el trabajo teatral en que estaban empeñados cuadraba con la hora política y cultural de su tierra. Se quedaron, pues, en Europa, afrontando el problema de un perpetuo exilio en un Continente donde se habla un idioma que no es el suyo, donde el inglés no sirve para llegar a los grandes públicos.

Desde entonces, el Living Theater, presente en la mayor parte de los festivales teatrales europeos, fenómeno suscitador de una permanente curiosidad, ha andado de un lugar para otro, buscando un teatro de choque — como ya lo era "The conexión" —, de escaso fundamento literario y una fuerza especialmente visual. Un teatro, dicho de otra manera, dirigido a la sensibilidad emotiva del espectador antes que a su inteligencia, de ritmo físico antes que literario, provocador a un nivel inmediato, sensorial, y no valiéndose de la "representación" de ideas o sentimientos previamente organizados. En el último festival teatral de Venecia presentaron, por ejemplo, una creación colectiva sobre el tema de Frankenstein, el monstruo hecho por el hombre. Judith Malina y Julián Beck

SIGUE



El Living Theater de Nueva York, una de las compañías independientes más significativas del «off Broadway», ha actuado durante cuatro días consecutivos en el Odéon, Theatre de France. En la foto, los actores interpretando «La cárcel», una obra que constituye un documento reconstruido sobre la escena.



«La cárcel» es una obra agotadora, insoportable por su misma animalidad y falta de discurso sentimental. Los «marines» arrestados gritan una y otra vez a sus carceleros que les humillan: «¡Sí, señor; sí, señor!».

explicaban: «¿Qué es este espectáculo? Es el esfuerzo común de un grupo de naufragos que se están ahogando y tratan de salvarse el uno al otro».

En París han actuado ahora cuatro días. En los dos primeros presentaron una obra clásica del teatro moderno «off Broadway». Se trata de «The Brig» (La prisión), obra estrenada con escándalo en los teatros «off Broadway», e incluso llevada al cine por Jonás Mekas. «La prisión» —que yo tuve ocasión de ver— es un documento reconstruido sobre la escena. Su autor ha debido pasar duras horas en las cárceles de «marines». O ha hablado extensamente con alguien que las ha vivido. Partiendo de estos datos, se ha limitado a mostrar cómo se vive en aquella circunstancia, cuáles son las reglas de la humillación y del terror. Ninguna caracterización psicológica. Ningún hilo argumental. Ninguna palabra que no esté ligada a la exigencia física inmediata. Ninguna relación entre unos y otros más allá de la división entre carceleros y detenidos. Gritos estridentes. Golpes. Destrucción absoluta de toda brizna de humanidad. Ni siquiera queda ya la miseria. Estos norteamericanos de «La cárcel» no son ni siquiera miserables. Que funcione el botón y harán lo que sea.

«La cárcel» es una obra agotadora, insoportable por su misma animalidad y falta de discurso sentimental o ideológico. Sin embargo, no hay duda que con mostrar un día cualquiera, en el que no pasa nada especial, de una prisión militar de «marines» en el Japón, la obra ha cumplido ese objetivo «entomológico» que se intuye como el mejor camino para destruir las defensas organizadas en cada hombre por la propaganda dirigida. Basta que cada espectador, que algún espectador se avergüence. Arriba, en el escenario, los «marines» arrestados gritan desesperados «¡Sí, señor!» a sus carceleros, que les dicen una y otra vez que no han entendido, que repitan, que hagan esto, que hagan lo otro, que limpien...

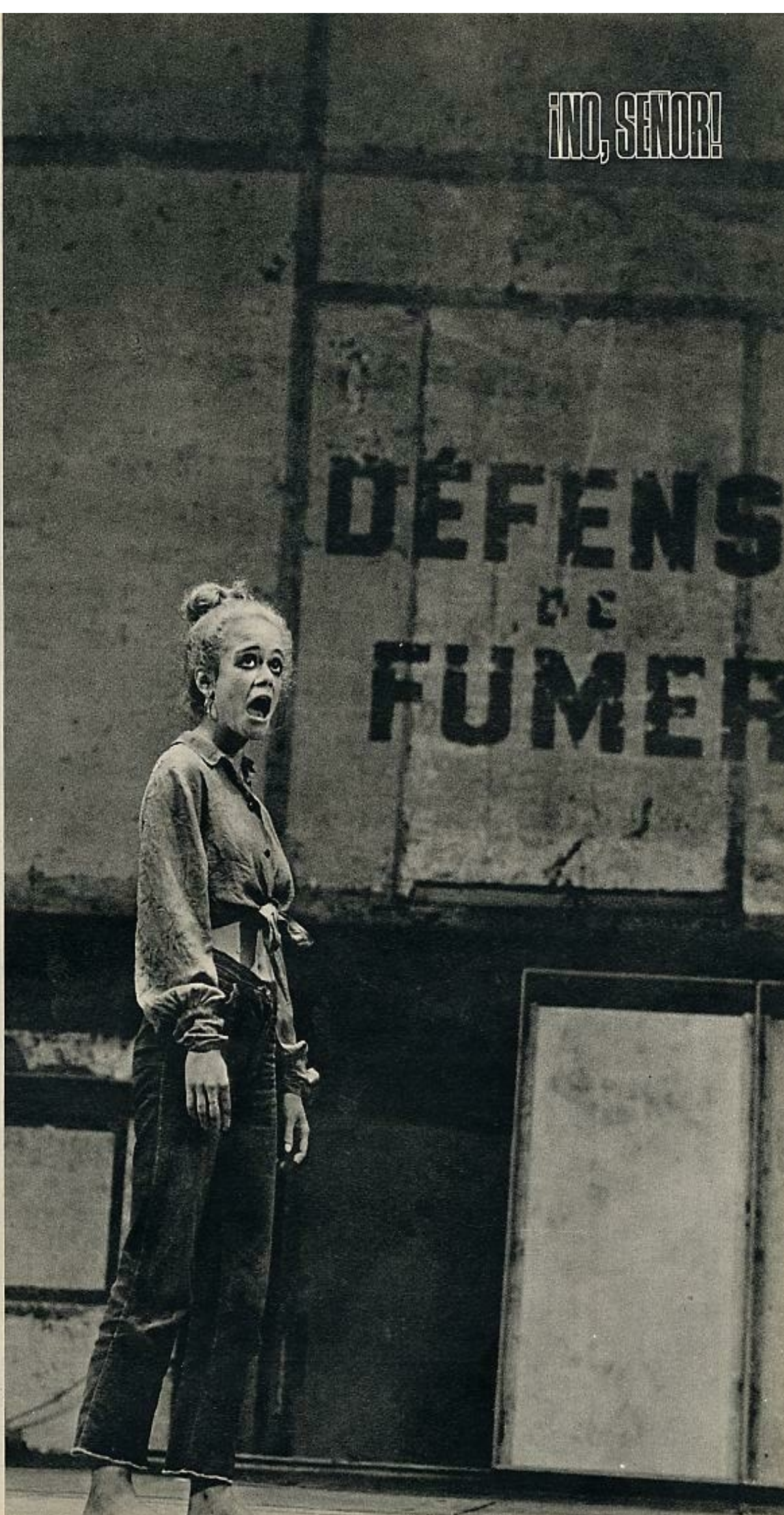
¿Cuál es el valor dramático de «La cárcel»? ¿Cuál su texto? ¿Cuáles sus reflexiones o pensamientos? Nada, nada de esto hay que buscar. La cuarta pared se levanta para que asistamos a una ejecución: a la muerte de los detenidos en tanto que individuos y a su recuperación como autómatas dispuestos a obedecer no importa qué a ojos cerrados. ¡Sí, señor!, ¡Sí, señor!, ¡Sí, señor!...

Una obra de estas características sería irrepresentable por una compañía tradicional. Hay que poseer una larga preparación, una dureza física casi atlética, una potencia expresiva en la voz y en los músculos, quizá una identificación total con la protesta que se formula, que nada tienen que ver con la comedia al uso. Tan es esto cierto que «La pri-

SIGUE

Otro de los espectáculos presentados por el Living Theater fue un «happening», titulado «Mysterles and smaller pieces», y que comienza con esta mujer cantando una melodía árabe.

¡NO, SEÑOR!





La base del Living Theater reside en una improvisación colectiva sobre unas directrices generales. En el momento de máxima exasperación, los intérpretes gritan:



sión» fue una de las últimas representaciones del grupo de Judith Mallina en Nueva York antes de decidir marcharse —no sé hasta qué punto, de acuerdo con sus compatriotas— para no volver más al país.

El tercer y cuarto día del Living Theater en el Teatro de las Naciones estuvieron dedicados a un «happening» titulado «Mysteries and smaller pieces». Aquí la «provocación» se ha planteado sin soporte argumental alguno. Los veinticinco actores de la compañía han evolucionado, durante tres horas, en una improvisación frenética, cargada de alusiones al momento histórico y sus posibles derivaciones. Vietnam. Guerra. Bombas. Libertad a los negros de los Estados Unidos. En medio de una intuitiva correlación entre esos y otros temas afines y los gestos, las actitudes, los movimientos de los intérpretes.

Al comienzo, para que nadie se llamara a engaño, apareció un intérprete, que, en lugar de hablar, permanecía quieto y mudo en el centro de la escena durante diez minutos. «¡Bravo! ¡Bravo! ¡Eso es mejor que Claudel!», dijo un espectador. Luego, aparecían los otros actores, y el «happening», la improvisación colectiva, el espectáculo «hecho» de nuevo cada vez sobre unas líneas conductoras, comenzaba. Un cronista francés, no sé si asombrado o asustado, comenta: «Y luego los actores se suenan en papel higiénico, gritan, se golpean y atraviesan la sala en medio de espectadores que no creen en sus ojos»...

La experiencia, medida en el Teatro de las Naciones, diríamos que ha alterado el pulso de un sector de público y de crítica. Una cosa es que los pánicos organicen sus «efímeros» y otra que el Living Theater, con fuerte subvención estatal, ocupe el escenario del Odéon. Y, encima, que muchos críticos y espectadores aplaudan. Y que Jean Louis Barrault declare que está muy contento de esos cuatro días de teatro norteamericano...

Y es que, a fin de cuentas, con estos espectáculos no hace sino prolongarse una vieja batalla cultural que cada generación y cada tiempo ha resuelto a su manera. Se trata sólo de decir que no a las líneas tradicionales de la cultura moderna, conciliadoras de tantos extremos, desde el asesinato, el bombardeo y los campos de concentración hasta la más caritativa, hermosa y democrática literatura que el hombre sea capaz de imaginar. Antes, en otro tiempo, los dadaístas salían a escena y hacían frenéticos collages de sonoros versos. Luego, Buñuel clavaba el cuchillo en la edad de oro. Y luego, y luego, y luego. Hasta llegar a estos norteamericanos exiliados que gritan con todas sus fuerzas —no sea que alguien los quiera llevar a una Academia de la Lengua— en los escenarios de Europa.

¡No, señor! ¡No, señor! ¿Y por qué voy a llamarle señor?

JOSE MONLEON

Fotos: Manique Valentin-Mondial Press



«¡Detened la guerra en el Vietnam, dejad la bomba, liberad a los negros en los Estados Unidos!». El público corea estas expresiones, participando en el espectáculo.

